

Segundo amanecer

ALBERTO BAEZA FLORES

Los jóvenes poetas de San José se reunían esa noche, en la sala Mario Sancho del Ministerio de Cultura, para hablar de la obra de la lírica Eunice Odio, en un homenaje póstumo a la solitaria desaparecida, a la errante cuya patia final --por sobre la muerte-- fue la poesía.

Es posible que casi ninguno de ellos la hubiera conocido en su presencia física. Y es seguro, también, que tanto como su poesía amaban la leyenda que había crecido con su ausencia como crecen los sueños del otro lado de la vida.

Yo me quedé en La Catalina, en Santa Bárbara de Heredia, a mirar el parpadear de ese río de estrellas lejanas, donde parecía haber anclado San José, la capital que Eunice acaso imaginó, alguna vez así, cuando el rícor que nos hace más daño es la nostalgia.

Y como era la hora de los homenajes, que son recuerdos, abrí el último cuaderno que me entregó en Ciudad México hace dos años. Estaba ella en la sala grande de su apartamento de Río Neva. En los muros estaban los cuadros del extraño clima de los sueños del pintor Rodolfo Zanabria. En uno de los estantes estaban los libros cuya lectura amaba Eunice y le acompañaban. Se había detenido en uno y lo había abierto para releer un poema. Era un tomo de las obras completas de Vicente Huidobro. Me elogió, al gran poeta que hizo de la creación lírica su gran aventura humana. Y que murió sin haber recibido el premio Nobel de Literatura. Como otros, de entre los grandes (Rubén Darío, Vallejo, Unamuno, Antonio Machado...).

Y me empezó a leer lo que ella había escrito en las primeras páginas de

En defensa del castellano, que acaba de editarle Finisterre, en ese mismo enero de 1972. Creo que la tinta, sobre el fino papel, estaba fresca aún. El cuaderno estaba escrito a modo de una respuesta a Salvador Elizondo, pero podía ser leído como un mensaje dirigido a cada cual.

Su voz tenía, aún, el soleado entusiasmo, en medio de la noche de Ciudad México, que recuerda la raya trizada de una primavera no ahogada del todo por los años. Ya era tarde en Ciudad México y en su vida, pero ella sabía sonreír como una muchacha que descubre el lucero de sus primeras vacaciones. Ese lucero, que siempre la había acompañado, por sobre sus angustias, sus amores, sus soledades, era la poesía. Y no había otro. Ni hacía falta más.

“Los españoles que trajeron el castellano a nuestras tierras eran místicos, pasionales y sensuales como los

de ahora. Iba leyendo Eunice, con su voz algo dorada por la noche—. Por otro lado, ¿quieres algo más sensual que la corte de Montezuma, tan bien descrita y con tanto regodeo de sus sentidos, por el ilustrísimo Bernal Díaz del Castillo? ¿Crees que hay algo más sensual, por su colorido y textura, que los cuadros hechos de plumas por los grandes artistas anónimos del Imperio Incaico? Sí, los indios que hallaron los espaoles eran como ellos; tenían grandes afinidades con ellos. Como ellos, eran sensuales, pasionales, místicos. Y para probar que eran todo esto, tenemos muchas vías, pintura, arquitectura, música, escultura, prosa, poesía y teogonías que tú conoces, supongo, perfectamente. El resultado de la mezcla entre españoles e indios, no podía ser otro que el robustecimiento, en el Nuevo Mundo, de la sensualidad, la pasión y el misticismo (¿habrá que añadir que México es el colmo de la pasión, la sensualidad y el misticis-

mo?”)

Cerró el cuaderno de carátula azul cielo y letras rojas y le dije que tenía razón. Ahí estaban estaban los libros de poesía que había escrito Eunice Odio: **Elementos Terrestres, Zona en territorio del alba, El tránsito de fuego.** También estaba su relato más reciente: El rastro de la marpiosa. Eran los testimonios de una aventura, sin renunciadas, hacia el misterio de la poesía.

Le recordé a la Eunice que en La Habana, en otro tiempo, en otros años, vivía cerca del mar y que viajaba con su traje de lino, sus zapatillas griegas y dos compañeros inseparables: las obras completas de Shakespeare y las obras completas de Quevedo. ¿Había cambiado el tiempo? Y me recordó uno de sus últimos poemas: “Bajamos a la ciudad/ y la ciudad asciende en marcha con nosotros/ y con el Hudson al poniente de la mañana, de las siete sin rumbo entre los pájaros”. Y volvió a sonreír.